

CRÓNICA INFORMAL DEL PUNTO AMAZONICO

Dedicado a todas las hadas y duendes, en especial al Hada Blanca



La gran cuenca fluvial del río Amazonas es única y grandiosa, sobre todo por dar vida al río más caudaloso y largo del mundo, abarcando una extensa región que pasa por Bolivia, Perú, Ecuador, Colombia, Brasil y Venezuela. Las mayores manifestaciones naturales del planeta corresponden a esta cuenca, y a pesar de que ha sido muy maltratada por caucheros, madereros y petroleros, no existe otro sitio con mayor biodiversidad.

Dentro de esa cuenca, hay un lugar muy especial que lo siento como el epicentro de convergencias de aguas, y que me gusta llamar *punto amazónico*, el lugar de la cuenca donde las aguas comienzan a llamarse Amazonas. Un sitio lleno de delfines rosados donde dos grandes ríos, el Ucayali y el Marañón, dejan de existir para dar vida al río Amazonas.

Ya el año pasado, mi fascinación por ese punto me llevo a conocerlo bajando el río Ucayali desde Atalaya. Por este lugar se da una encrucijada de ríos. En el mismo pueblo se unen dos de ellos: el Tambo y el Urubamba. Un primero es cortito pero de una gran belleza vegetal en sus riberas. El río Tambo se origina por la conjunción de los ríos Perené, que viene de la zona de Chanchamayo y el Ene que proviene de la unión de dos grandes ríos, el Mantaro y el Apurímac. Es precisamente este río, que nace en el nevado del Mismi, en la sierra arequipeña el que le da la categoría al Amazonas de río más largo del planeta. El segundo gran río que llega a Atalaya es el sagrado Urubamba, el que en su cauce medio adorna con sus revueltas, sorteando montañas andinas, las piedras de Machu Pichu.

A simple vista se percibe como crece la anchura del Ucayali conforme se va bajando. Si al principio las lanchas son poco más que un cascarón de acero flotante, a la altura de Pucallpa, son verdaderos barcos de 3 pisos, dos para los pasajeros y uno, el de abajo, el más grande, para la mercancía. En un devenir bullicioso de hamacas, atardeceres, paradas para cargar cualquier cosa y comidas para gente poco delicada, estas lanchas van bajando lentas con ademanes que se parecen en muchas ocasiones a un crucero de luna de miel pero lleno más bien de gente pobre y los cuatro gringos aventureros que siempre los hay.

Las hamacas son fieles compañeras y marcan el territorio de cada viajero. El espacio de uso y que es respetado más o menos por los demás queda delimitado por la hamaca y su proyección vertical hacia el techo y el suelo. En el caos de hamacas, cada una de ellas aporta a su propietario cierta seguridad y

comodidad. Sirve para sentarse, comer y dormir. No hay más sitios para descansar. Una vez encaramado en ella, deja el cuerpo en suspensión lo que aporta cierta sensación de ingravidez que es de agradecer pues invita a evadirse de la pesadez de vivir, además permite el bamboleo, algo que se asemeja a veces al consentimiento materno o a cuando uno es arrulladito. La hamaca no es que de afecto pero en momentos puede confundir.

Así, cuando el cauce del Ucayali estaba más crecido, llegué una tarde al mítico *punto amazónico*. Pregunté tantas veces a la tripulación si ya estábamos llegando al sitio, que sin querer levanté cierta renovada expectación por ese lugar, tantas veces visto en otras ocasiones, pero ahora enfatizado por el españolito, que con su cámara, su GPS y su gorrita saharauí, estaba dispuesto a inmortalizarlo.

Ciertamente, desde la perspectiva que da la lancha no se ve nada especial: mucha agua y al fondo sobre una franja delgada de tierra, una región verde sobre las que sobresalía lo que parecía un cañaveral. No obstante yo disparé y disparé fotos sobre el supuesto *punto amazónico* teniendo en mente un trozo de tierra en forma de triángulo alargado que separaba el Ucayali del Maraón mientras el GPS grababa para la posteridad tan míticos puntos.

En el momento no fui consciente, pero de tanto hablar del Amazonas con la gente, en el momento del paso, esa tarde había más gente que de costumbre en el puente de la lancha, los extranjeros con sus cámaras disparando y con sus móviles llamando a su familia contando con pelos y señas lo que estaban viviendo y los del lugar preguntándose qué demonios veían los extranjeros en un lugar que no parecía tener nada diferente a otros lugares ya pasados, añadiendo un sentimiento más de emoción patria, que, a pesar del maltrato cotidiano, todo peruano lleva dentro. Y es que a simple vista es un lugar más del cauce del río sin una señal que atestigüe lo especial del lugar, quizá sería un sitio algo más especial si se enriquece académicamente, algo mítico si se compara con otras regiones naturales del planeta o si se llena de significado con valores de naturaleza.

Y es que las vivencias se pueden olvidar o guardar, quedarse en un efímero recuerdo que aparezca de tarde en tarde, en una sensación desagradable que uno quisiera olvidar pero que algo se lo impide, en una sonrisa cada vez que se evocan o en algo que entre en el terreno de lo mítico. La vivencia pareciera que tiene mucho del sitio donde se vive pero sobre todo tiene mucho más del mundo interior del que la vive.

Un año después, para completar el conocimiento del *punto amazónico*, inicio un nuevo viaje pero ahora por el río Maraón. Este río, a diferencia del Ucayali, no surge de la conjunción de dos ríos sino que tiene su propio nacimiento en las lagunas de la cordillera andina cercanas a Pasco. Renegón y turbulento por su cauce inicial, llega aún bravo al territorio de Bagua donde poco a poco, salvo en los pongos, estrechamiento que sufre el cauce al atravesar una cordillera, se

va amansando. Pero en cualquier parte de su cauce, siempre es bastante turbio si se compara con las aguas más claras del Ucayali ya en el *punto amazónico*.

Conocí por primera vez al Marañón cuando en los días de Fiestas Patrias de 2007 se redujo la movilidad tanto que era imposible llegar a Bagua y la única opción factible según los del lugar era ir de frente a Cajamarca atravesando la cordillera andina. Sobre el mapa parecía sencillo pero lo que no se podía ver es que la carretera no era más que una pista de tierra en malas condiciones por las continuas oquedades de su piso. Así que de Pedro Ruiz a Chachapoyas todo fue razonablemente bien, algo la movilidad se hizo más espesa para llegar a Hierbabuena y ya en Leymebamba, por razones que no entendí, toda la movilidad iba en dirección contraria y sólo se pudo salir de allí al atardecer con 200 soles que se pagó al taxista para llegar bien entrada la noche a Balsas, un pueblito insignificante pero que tenía un gran puente para atravesar el río Marañón. Por lo oscuro de la noche y la oportunidad del momento de coger un camión lleno de palta, chancaca y mango, sólo me quedó el sabor de haber atravesado de prisa el gran Marañón sin apenas percibir más allá que el fuerte rumor del agua que bajaban quizá de forma atropellada y la firme voluntad de volver.

A partir de Bagua, el río Marañón entra en la región de los pongos hasta llegar al último de ellos, el famoso pongo de Manseriche. Cuando por abril el río va crecido, las aguas se embravan por el estrechamiento del pongo, y se forman corrientes y remolinos que atraviesan con virulencia el curso del agua hasta el punto de que son muchas las personas que se han ahogado intentando atravesar el pongo.

La idea idílica que compuse del viaje me llevó imaginar una bajada fluvial parando en los pueblos más bonitos, sin embargo la cruda realidad iban una y otra vez contrariando mi voluntad. Ya desde el inicio en Bagua, aconsejaron ir hasta Imacita por la recién creada carretera petrolera, pues ahora el río no es navegable y atravesar el pongo de Rentema era imposible. En Imacita, también perdí la esperanza de una bajada en bote pues hacía tiempo que se había reducido la movilidad por el río ahora que la selva estaba abierta de par en par por la carretera que llevaba hasta Nieva. Esperé entonces que en este lugar sí pudiera llegar al siguiente pueblo, Saramiriza, por el río atravesando el esperado pongo de Manseriche. Pero en Perú no valen de mucho tener previsiones pues generalmente la realidad las rompe con facilidad. Lo más raro puede suceder, cuando parece que el terreno es favorable, incomprensiblemente no hay opciones y entre el dicho y el hecho hay más trecho aún. Así que a bordo de una chalupa pude disfrutar del pongo pero volviendo nuevamente a Nieva para que el gasto no se disparara. Contrariado de nuevo, llegué a Saramiriza por una bacheada pista donde sólo los todoterrenos se atrevían a adentrarse. Por fin, con la lanchita "*Mónica Jiménez*" pude iniciar la ansiada bajada por las aguas del río Marañón, no sin antes esperarla durante cuatro largos días.

De nuevo, igual que sucediera el año anterior por el Ucayali, me ví sumergido en la rutina que ofrece una lancha bajando un río. Paradas constantes para recoger cualquier carga (plátanos, chanchos, vacas, toros, gallinas, pescado, madera, etc) normalmente para venderlo después en el mercado de Iquitos. Amaneceres y atardeceres hermosos con la selva y el Marañón de fondo. Aquí y allá cientos de canoas hechas de troncos con machete y hacha, gente sencilla recreándose con el pasar de la lancha observando a los pasajeros, quizá soñando con ocupar su lugar o preguntándose cuánto costará mi cámara de fotos, pregunta que me hacían con demasiada frecuencia. Comidas de rancho pobre, fiesta de hamacas de todos los colores, selva cortada por la erosión de la corriente, y jalonando el devenir del río, pueblitos como sacados de un cuento de hadas.

Los pueblos que se ven en la selva son hartos singulares. Construidos con los materiales de la selva, madera y palma, muestran una armonía que siempre me ha hecho pensar. Creo haber encontrado una explicación convincente. Sin ayudas externas, sin terratenientes, sin plusvalías, sin mecanismos de poder que hagan acumular bienes en manos de pocos, todo depende del esfuerzo de cada cual que más o menos viene a ser parejo. No hay construcciones superfluas u ostentosas pues todo está dictado por la necesidad vital de sobrevivir. Para todos los habitantes del pueblo, la equidad de oportunidades son un hecho cotidiano y eso se ve reflejado en sus casas que no sobresalen unas más que otras y no tienen unas mejores materiales que otras. Todo esto hace que luzcan con una morfología autóctona envidiable y un bello aspecto ecológico que, como camaleones, parecen camuflados con el entorno.

Todo pasa lento con tiempo de sobra para captar con mi cámara de fotos tantas y tantas escenas que van quedando grabadas para siempre y, este año, con la ayuda de mi GPS y la colaboración de un programa gratuito llamado GPicSync ejecutado en mi portátil, dándome el lujo de ver en Google Earth por donde fui tirando las fotos de cada día.

La disposición de la cordillera andina por la zona, hace que la mayoría de los ríos que alimentan al Marañón, accedan por su margen izquierdo. Casi equidistantes, llegan afluentes cargados de agua mansa y cuyo nacimiento casi todos lo tienen en las abruta cordillera del sur de Ecuador. Todos ellos son ríos pacíficos y van cargados de vida que reparten entre las comunidades nativas e indígenas que proliferan en sus orillas. Son ríos que invitan a ser anotados en la agenda para vivirlos más adelante. Se llaman Chinchipé, Cepeda, Santiago, Morona, Pastaza, Tigre, Napo .. y solo uno de caudal importante ingresa por la derecha: el río Huallaga. Los ecuatorianos se quejan de que siendo ríos que nacen en su territorio, por una malévola disposición de fronteras, su rico pescado es más bien aprovechado por los peruanos.

Llegó la lancha “*Mónica Jiménez*” a Nauta sobre las 4:00 pm. Tras descargar, me sentía feliz pues sabía que estaba a una hora del *punto amazónico* y tendría

tiempo suficiente para fotografiarlo antes del atardecer que ocurría sobre las 6:00 pm. Ahora por el lado del Marañón. Sin embargo, esperando una carga que no llegó, pasamos por el *punto amazónico* ya de noche. Todos los esfuerzos tomando información durante todo el año perdidos por una infame carga que no llegó. Decepcionado intenté tomar las fotos que la poca luz me dejaba. Resquicios de puesta de sol, canoas en sombra chinesca, faros de posición del Mónica, y de pronto algo más succulento: una bonita luna en cuarto creciente. Me dije, iré tomando fotos de la luna a intervalos y después, con la ayuda del gps veré cual es la toma que hice en el *punto amazónico*. Tonterías que se hacen ante la desesperación y la frustración. Alguien dijo que había una especie de faro al lado del punto. A simple vista pude divisarlo pero fotografiarlo fue otra cosa. Hasta lo grabé en video pero fue después, por pura casualidad, como un fantasma, me lo encontré grabado en unas de las muchas fotos oscuras que hice. Sí que pasé triste el *punto amazónico*.

Ya en Iquitos me enteré que una agencia de aventuras hacía un viaje de cuatro días a la selva pasando por el *punto amazónico* en dos ocasiones para divisar delfines grises y rosados. Me apunté. Pero la suerte no quiso que pudiera disfrutarlo pues justo cuando se divisaron los delfines, cayó un aguacero amazónico donde lo más acuciante fue intentar salir de allí lo menos mojado posible.

A la vuelta tuve más suerte. Me hice el remolón haciendo fotos para así entrar el último en la canoa y quedarme cerca de proa. En un momento dado, el guía se fue atrás para charlar con el que manejaba. Fue la mía. Salí de la zona protegida por techo, me acomodé en el asiento más cercano a la proa y comencé a hacer fotos sin parar. Me sentía emocionado porque entre el trozo de tierra del *punto amazónico* y yo no había más que un poco de agua que podía tocar con mis manos. Primero toqué las aguas del Ucayali y después, como en un ritual, mantuve mi mano sumergida hasta que la canoa cogió las aguas del Marañón. Sentí con gran emoción, el cambio de temperatura, de color, de dirección y sentí algo que me llenaba pero que no se puede expresar con palabras. Iba bobalicón sin parar de tirar fotos. Me iba diciendo, grabaré todas las formas de la zona, todo lo que sobresalga diferente, a fin de poder hacer después un estudio comparativo de las formas por uno y otro río. Quiero familiarizarme con el *punto amazónico*.

Fue entonces, en mi estado de conmoción cuando me dí cuenta de detalles que antes pasaron desapercibidos. El *punto amazónico* no es un punto que no es siquiera estable pues cambia constantemente con el devenir de los ríos. Me rompió un poco mi visión idílica, al girar para tomar las aguas del Marañón, comprobar que había una lengua de tierra que no ví antes en las fotos de Google Earth. También comprobé diferencias con las fotos del año pasado donde había entre ambos ríos unos cañaverales que ahora no estaban y en su lugar había una especie de quilla arcillosa rematada con unos cuantos cañaverales que sobresalían sobre campos de arroz. Justo en lo que se suponía

debería ser el vértice de conjunción de ambos ríos, había un pequeño entrante de agua por el lado del Marañón cuya orilla me pareció más erosionada que la correspondiente orilla del Ucayali que, al menos por el punto, se mostraba más apacible.

Ni la zona del *punto amazónico* se puede asimilar a un punto, ni los ríos amazónicos se parecen a los dibujados en los libros de texto. El criterio racional de “la menos distancia entre dos puntos es la línea recta que los une” aquí se rompe pues el caudal, obsesionado por la tierra circundante, en un intento de retrasar su llegada al mar, retuerce su caudal haciendo continuos meandros que multiplican su longitud innecesariamente. Lejos de tener un cauce lineal, los ríos dividen sus aguas creando islas para de nuevo volver a unirse, modifican su cauce a capricho creando bonitos lagos cuando se ciega un meandro, esculpen las orillas constantemente por la erosión, crean constantes playas en sus curvas, amplían y transforman el cauce con las crecidas, incluso son capaces de ingresar agua en afluente en determinadas épocas de crecida. De recibir pasa a dar. Tantas transformaciones no pueden quedar registradas en los libros de texto y sólo los del lugar conocen mejor esa realidad.

Así fue como me dí cuenta que el *punto amazónico* se mostraba reacio a un análisis académico y que lo más sensato era simplemente vivirlo con actitud humilde ante la inmensidad del lugar. Lo más próximo que estuve al punto no fue con la razón, ni siquiera con mis fotos o mi GPS, sino que fue cuando sumergí la mano para surcar las aguas como una quilla de timón justo cuando dejan de llamarse Ucayali y Marañón para llamarse Amazonas, justo cuando cambia su temperatura, su dirección y su color.

